

UNA FACETA DESCONOCIDA DE DON EMILIO BACARDI

por MYRTA AGUIRRE

CONOCERÉIS, sin duda, las "Crónicas de Santiago de Cuba". Es probable que hayáis leído Florencio Villanova y Pío Rosado. Aunque la edición está agotada, alguna vez os habrá caído en las manos "Doña Guiomar". No os será desconocido el estudio sobre Mercedes Santa Cruz y Oviedo, Condesa de Merlin. Si sois santiagueros no dejaréis de tener noticias de "Filigrana" y de "El doctor Beau-lieu". Si os interesáis por problemas femeninos habréis tenido quizás la curiosidad de revisar la "Memoria sobre la conveniencia de reservar a las mujeres ciertos trabajos". Y seguramente, si periodistas, conoceréis algo de lo que Emilio Bacardí Moreau dejó disperso por muchos diarios y revistas cubanos: "La Aurora Literaria", "El Oriente", "El Espíritu del Siglo XIX", "El Deportado", "La Independencia" y otras publicaciones

hombre ya viejo y muy maduro por dentro forjó para la más pequeña de sus hijas, la que llegó, cuando ya nadie lo esperaba, como un último regalo de la vida.

Aunque no os lo parezca, conste que es noticia. En la obra de un historiador, de un novelista de costumbres, media docena de cuentos pueden añadir mucho. Guayabitos, gatos, manantiales irrespetuosos, pajarillos azules, guajiros cándidos,

cardi. La pluma del novelista que María Juana Rodríguez Montes de Oca, en un estudio muy inteligente, ha situado con muy buen juicio en la línea galdosiana, adquiere en los cuentos una flexibilidad satírica, un poder de síntesis, una ligereza lírica, una levedad que revelan el afilamiento literario del Bacardí de los últimos años. Aparte el original, que nos es desconocido, existen de los cuentos dos versiones mecano-

de brindarnos las primicias de él. Amalia Bacardí Cape —la Amalia de los cuentos— se dispone a editar próximamente los "Cuentos de todas las noches", pensando que esas narraciones podrán ser útiles a los niños de Cuba, ya que el cuento infantil y nacionalista escasea tanto entre nosotros. "Durante la primera infancia —dice la hija en unas líneas de prólogo a la proyectada edición— según lo que recuerdo, jamás me fui a la cama sin que mi padre tuviese que inventarme un cuento. Cuántos imaginó en ese trabajo forzado a que yo lo sometía, no lo sé. Pero por cientos han de haberse contado". Y continúa "Cuando, a su muerte, fueron revisados sus papeles apareció entre ellos este pequeño grupo de narraciones... Ignoro por qué mi padre anotó estas y no otras, aunque me inclino a creer que fueron los primeros cuentos que escribió con destino a un probable tomo dedicado a niños, inacabado quien sabe por qué causas". Estos cuentos me gustan. Me gustaron —dice Amalia Bacardí— cuando los oí por primera vez, hace muchos años en la querida voz que nunca será olvidada. Continúan gustándome ahora. No tienen hadas ni princesas, porque mi padre tenía sus ideas sobre lo que era bueno y lo que era malo para la imaginación infantil, pero me parece que son ricos en fantasía poética, en sentido educativo y que, sobre todo, son tan cubanos como mi propio padre fue".

En los "Cuentos de todas las noches" está, en genio y figura, Emilio Bacardí Moreau. De tal modo que cuando alguien se decida a hacer, a toda profundidad, el ensayo biográfico que el hombre merece, estos cuentos serán la cantera a la que habrá que acudir para extraer los matices más íntimos y delicados de su personalidad. Es en los "Cuentos de todas las noches" que puede encontrarse, por ejemplo, ese humorismo de Emilio Bacardí que rara vez se revela en el resto de su producción literaria. Humorismo probado en parte de su correspondencia, sobre todo en cartas como las cruzadas con José Antonio González Lanuza, el confeso Secretario Perpetuo de una pintoresca "Cooperativa General de Infundios", vigente allá por los principios del siglo, de la que Don Emilio, acusado unas veces de ateo, otras de budista y otras de espiritista, era miembro distinguido. En los "Cuentos de todas las noches" hay decentísimos caballos "que tuvieron sus quince"; gatas vanidosas que miran a sus congéneres de reojo, por encima del lomo y gatas



Estos son "gouaches" de Emilio Bacardí Moreau. Muy joven, en Barcelona, gracias al padrino Daniel Costa, Bacardí hizo estudios pictóricos a los que sus padres se oponían.

en las que el director del semanario "El Bejuco" anduvo acompañado unas veces por Federico Capdevila, y otras por Benigno Souza o por Pío Rosado y Florencio Villanova, los mismos amigos a quienes después biografiaría. Pero, casi con entera certeza puede asegurarse una cosa: que desconocéis los "Cuentos de todas las noches", los que el autor llamaba "cuentos de Amalia": las narraciones que un-

jutias enamoradas de las hojas del caimito que cambian de color con el viento, majáes llenos de maldad y de astucia, pueden completar al autor de "Via Crucis" y de "Hacia tierras viejas". Completarlo como escritor y como hombre.

Genio y Figura

Por lo pronto, en cuanto a estilo, los "Cuentos de todas las noches", son lo mejor logrado de Emilio Ba-

grafiadas, correspondientes, de un modo perfectamente claro, a los apuntes de primera mano y, respectivamente, a la realización final. Este último cuaderno puede afirmarse que es desconocido de todos, aun de muchos de los allegados al emblema del murciélago, porque lo poseyó siempre y lo tuvo guardado en el extranjerío durante largos años su dueña legítima, quien ha tenido ahora la gentileza

4

2

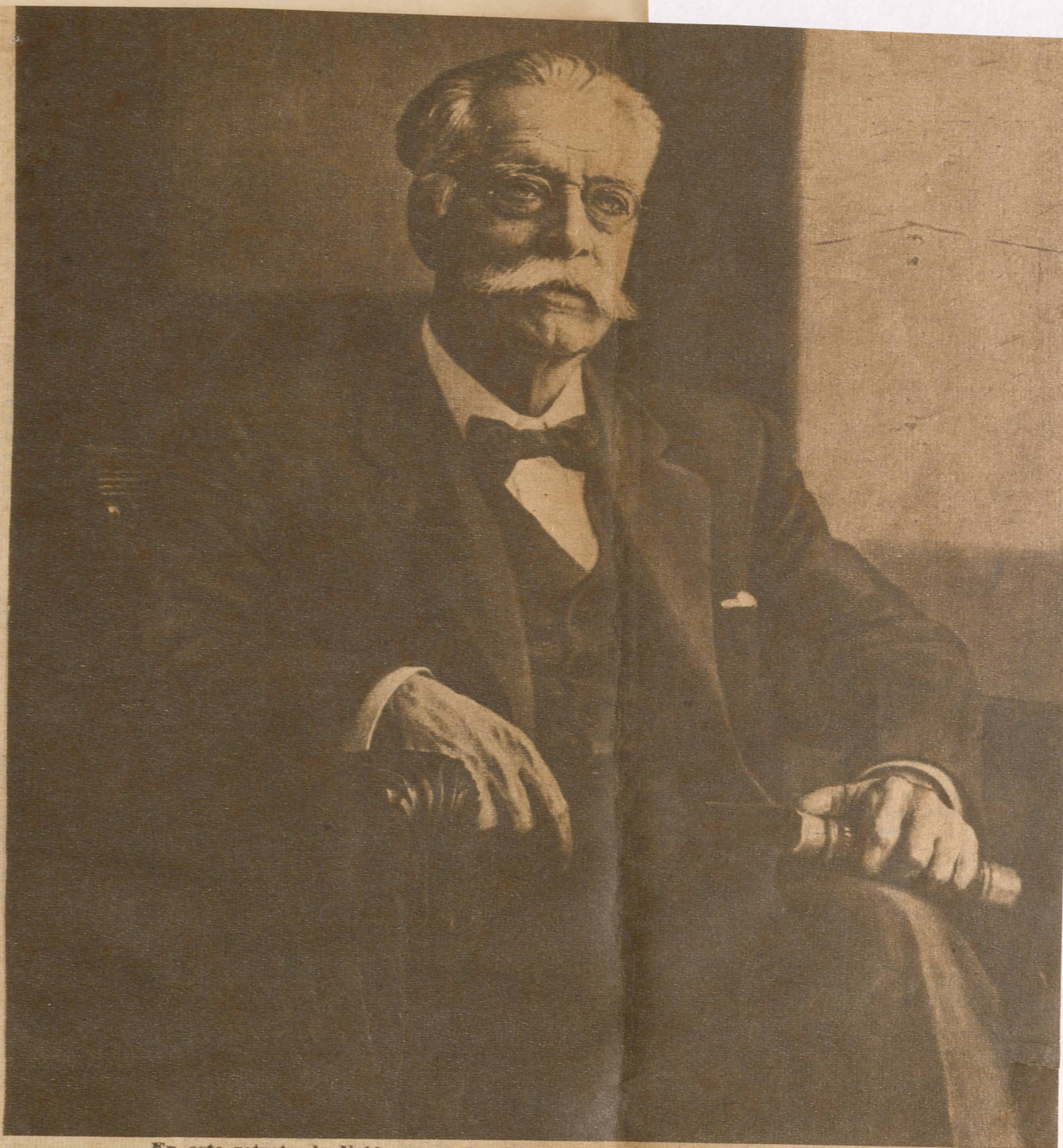
0000010

que tienen bigotes "como algunas solteronas"; hay ratones que hacen, continuamente, citas en inglés y en francés por haber engullido, en una biblioteca, libros escritos en esas lenguas extranjeras. Todo, dentro de una sonreída gracia de la mejor ley, difícilmente sospechable en "De Cuba a Chafarinas" o en cualquiera de las piezas teatrales del autor.

Humorismo y ternura, risa y moraleja que dibujan todo un carácter. Sobre todo cuando se recuerda que las narraciones fueron concebidas para distraer y colocar cimientos de conducta en una niñita propia.

En los cuentos, con aire de fábulas, no hay más elementos sobrenaturales que los que pueden andar implícitos en la Naturaleza misma, como el humano lenguaje de los animales o de las cosas inanimadas. Ni hadas, ni princesas, ni santos, ni milagros, ni fantasmas. Vino patrio, suavemente exprimido aquí y allá, unas veces por el valor de una guayabita comparable al de Mariana Grajales; otras veces por un majá que hace maldades por la zona de los Mangos de Baraguá. Y enseñanzas como la de Papá Ratón, quien previene a los suyos contra la fiebre ambiciosa, y consigna que "Dios ha hecho todo lo de la tierra para los unos y para los otros y no está bien que unos se harten mientras otros perecen de hambre"; postulado hermoso que no deja de repetir el epílogo de la historia de Rafaelilla, la gata demócrata, y Saturnina, la gata aristocratizante: "Desde entonces quedó escrito en el Código gatuno que la igualdad existe entre todos los animales de la tierra: entre los grandes como entre los chicos; entre los que se arrastran como entre los que andan en dos patas; entre los que vuelan como entre los que nadan; entre los que son tortugas como entre los que son elefantes. Todos saben que el que tiene comida abundante debe repartirla con el que no tiene. Y así será mientras el sol gire en los espacios y las estrellas pueblen los cielos, aunque los hombres no hayan podido, todavía, aprender la misma cosa".

Porque nada fundamental del pensamiento de Emilio Bacardí Moreau falta en los "Cuentos de todas las noches". Claro está que no aparecen en ellos cuestiones tan complejas y polémicas como las



En este retrato de Valderrama, don Emilio Bacardí aparece tal como era en sus últimos tiempos, cuando ya se aproximaba a la octava década: rostro sereno, ojos claros, terso erguido, pulcra apariencia patricia.



planteadas en "El Doctor Beau-lieu", por citar sólo un caso. Pero estos cuentos son cubanísimos de fondo y de forma, de escenarios y de lenguaje; carecen de mensaje religioso, aunque Dios no deje de pasar alguna vez por ellos como alusión a una bondadosa y remota fuerza creadora; y poseen un tuétano igualitario y justiciero de hondísima confraternidad humana. Son, en suma, tal y como fué Don Emilio Bacardí.

Recuento y Semblanza

Y Emilio Bacardí Moreau supo ser una limpia y hermosa personalidad. Recordaréis que, como miembro del Ayuntamiento Liberal, el concejal Bacardí propuso en Santiago de Cuba, hace nada menos que setenta años, planes de construcción de casas para traba-

Estos señores no hacían, en el siglo pasado, la competencia a los cosacos del Don. Se trata de un grupo de deportados cubanos reunido en Chafarinas, en 1896. Bacardí está a la izquierda del señor que lee.

4

3

Emilio Bacardí en relación a la infancia. Hombre inquieto, ágil, tan abierto de corazón y de mente como un cubano de su medio y de su época podía llegar a ser, Bacardí se preocupó no poco por los problemas de protección y educación de los niños.

Aunque acontecimientos políticos de orden nacional que interrumpieron bruscamente las actividades legislativas impidieron su presentación a la Alta Cámara, siendo Senador redactó Don Emilio un proyecto de ley sobre organización y funcionamiento de Asilos Infantiles que todavía hoy, tras 8 lustros, es progresista y digno de análisis.

Contraponiendo las ventajas de los establecimientos oficiales, debidamente atendidos, a las deficiencias del hogar de los sectores más pobres del pueblo, casi siempre antihigiénico y propicio a promiscuidades degradantes; dando un paso más que lo conduce a juzgar favorablemente una educación de tipo colectivo que estreche lazos de confraternidad social entre los que no los tienen de consanguinidad, Emilio Bacardí propugna la directa atención del niño por parte del Estado. Y llamando todavía Asilos a esos Centros de

Protección, Educación y Orientación de la Infancia en los que piensa, traza para ellos, en el Proyecto de Ley a que aludimos, lineamientos que ya quisiesen para si algunas de nuestras instituciones contemporáneas.

En primer lugar, el Asilo debe ser declarado establecimiento de utilidad pública y no ha de gobernarse por arbitrios privados sino que el Estado habrá de fiscalizar muy de cerca su funcionamiento, "porque todo niño es un futuro ciudadano y el interés supremo de la Nación... es tener ciudadanos que por su constitución física, sus sentimientos morales por el cultivo de su inteligencia sean honra de la patria". Y deberá ser laico porque el Estado tiene derecho a tener hijos en quienes "la honradez nazca de la dignidad del hombre y no del temor a castigos de la eternidad" y porque no es posible dudar de que en un Estado laico "se impone el no encerrar el Asilo en el estrecho cerco de una religión positiva".

Nada de votos antinaturales en torno a la infancia; nada de ropajes sombríos cerca de los niños; nada de crucifijos trágicos, ni de imágenes imponentes; nada de subordinar la conducta al temor de castigos divinos. La rectitud y la decencia, en el cultivo del respeto de la criatura por su propio decoro. Dios, en el amor a la Naturaleza. El niño, además, está más próximo a la mujer que no se obliga al celibato que a la que ha renunciado a la maternidad; y el maestro enclaustrado por votos religiosos, reducido por votos religiosos a una existencia entre cuatro paredes, carece de la experiencia social que ha de tener el forjador de ciudadanos.

Por otra parte, si las Hermanas de la Caridad pueden ser buenas, sus ropajes son siempre feos. Y "es preciso que las profesoras usen vestidos que sean de colores alegres que se reflejen en las pupilas de los niños y que cuando duerman les traigan sueños rientes. La belleza plástica de la mujer, en armonía con las ropas, no desfigurará las formas que Naturaleza, tan pródiga en hermosura, da al ser que nos llevó en su seno".

"La belleza plástica de la mujer..." ¿Tenéis presente que Don Emilio Bacardí, licorero e historiador, novelista y constructor de ferrocarriles, era también pintor? De ahí que insista mucho en la educación artística de la infancia y en la importancia que posee que ésta se desenvuelva en un ambiente de belleza. Para Bacardí, muchas de las cojeras de espíritu de los hombres eran "falta de una educación estética que se exteriorice en todo momento y en todo tiempo", pues opinaba que "la belleza, en todas sus manifestaciones, desde la educación de los sentidos, hasta la inclinación de los instintos, es la que constituye y determina el carácter".

El fundador de bibliotecas y museos, el hombre que ponía más orgullo en sus "gouaches" que en su ron famoso, quiso que el Asilo fuese para los niños pobres de Cuba, aparte factores de cuidado físico, un medio de depurada formación espiritual. El Proyecto de Ley que no llegó a conocer el Senado, insiste —en 1906— en que los planes de estudio abarquen, ineludiblemente, música, dibujo y artes dramáticas. Y destaca mucho la importancia de lo vocacional: "Habrá de hacerse en no lejano día —di-



ce— una Revolución en todos los métodos de enseñanza, partiendo de la base de las aptitudes de cada niño para aprender, pues hay error grave en la instrucción acelerada y por igual a todos... Querer trocar las inclinaciones es lo que llega a producir la colectividad, por la nulidad del individuo en la profesión que ejerce”.

Recordaba quizás Emilio Bacardí Moreau su gusto por la pintura, la lucha del padrino Daniel Costa para que el viejo D. Facundo le permitiese hacer un artista del ahijado y, por último, acaso, el día en que fué preciso dejar los pinceles para los ratos de ocio que no habían de destinarse a aprender como funcionaba un alambique.

Los cuentos de todas las noches

De estas ideas sobre la infancia, de este amor por ella y de su alma jovial ante lo inesperado como la de la Mamá Blanca de Teresa de la Parra, nacen los “Cuentos de todas las noches” de Emilio Bacardí. El autor que en “Doña Guiomar” no vacila en tejer amor puro entre mulata y blanco; el librepensador que nunca tuvo miedo a fustigar la alta jerarquía eclesiástica; el industrial poderoso que nunca ignoró cuanto había de injusto en la riqueza de unos y la miseria de otros; el artista para quien una hija escultora fué la mayor de las recompensas; el hombre justo y verídico que nunca disfrazó su pensamiento, dejó como despedida, como obra última, seis simples cuentos infantiles: “Liborio, la jutía el majá”, “El plátano guineo”, “El Manantial”, “Rafaelilla y Saturnina”, “Picotazo, picotazo...” y “La enseñanza de Papá Ratón”. Seis cuentos, unas cuarenta cuartillas en las que encerró, como escritor y como ser humano, lo mejor de sí mismo.

Estas fábulas constituyen una importantísima y hasta hora ignorada faceta del autor que, por líquidas razones, posee el más popular de todos los nombres de las letras cubanas. Porque el murciélago lo conoce todo el mundo. Anda por ahí, con las alas abiertas, como marca de garantía. (Escogido, como quizás no saben muchos, para indicar “perpetua vigilancia”, como afirma una añeja tradición levantina que iba el murciélago en la proa de las naves de los valencianos y de los catalanes, cuando éstos figuraban entre los señores del Mediterráneo). Pero al autor de “Filigrana”, al hombre singular que una vez vino de Egipto trayendo la primera momia que vieron los de Santiago de Cuba, no se le conoce aún lo suficiente. No se le conoce, sobre todo, en lo que los “Cuentos de todas las noches” pondrán a la luz cuando a la luz se encuentren: la candorosa aptitud narrativa, el dulce y grave poder ejemplificador, la sencillez que le hizo morir con esa alma sabia y alegre de niño de muchos años que sólo se concede a los poetas muy grandes; o a los hombres de suprema bondad, que por encima de desvelos y de preocupaciones y de luchas y de desalientos saben colocarse a la altura de quien está a dos palmos del suelo y comenzar con “Pues, señor...” y terminar con “colorín, colorao”.

Bolivia, marzo 27/49



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA